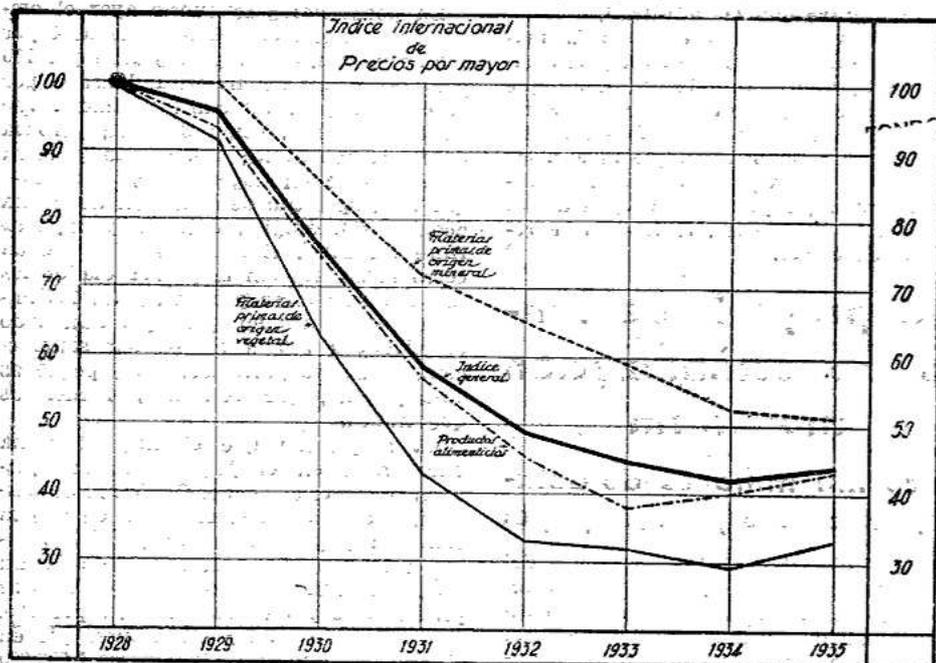


EL EJEMPLO ESPAÑOL

Por GERMÁN BERNÁCER

YO creo que la Economía es una ciencia objetiva, una ciencia que hay que estudiar sobre la realidad viva. Claro que esa realidad no está formada de objetos materiales, fácilmente aprehensibles; es una realidad de hechos. Y

en el mundo, y, si nosotros nos hubiéramos aferrado a mantener la paridad de nuestra moneda, nos hubiéramos visto envueltos en una crisis violentísima. Fue providencial que entonces no tuviéramos economistas que predicasen la estabilidad



En general, se observa la mayor caída de las materias vegetales y agrícolas

son esos hechos los que hay que analizar, dejando prejuicios libéscos, si queremos llegar a algún resultado positivo.

Demasiado sé que la tesis que trato de defender no ha de encontrar fácil acogida. Se ha desprestigiado tanto tiempo y de tal modo nuestra tradicional política monetaria, que defenderla y justificarla no es empresa fácil. Pero yo estoy convencido de la razón que me asiste.

Pienso sinceramente que en política monetaria hemos sido unos adelantados. No por la posesión de ninguna ciencia especial. Es que, a falta de esa ciencia, todavía inexistente, que permita dirigir racionalmente los negocios monetarios, nos hemos dejado guiar por el instinto. Y el instinto es superior a una ciencia a medias y fuera de la realidad. El instinto está, al menos, en contacto con esa realidad, y puede equivocarse, pero siempre menos que la pedantería. Es por ese instinto por lo que triunfan muchas veces los hombres prácticos de buen sentido, donde fracasan los profesores.

Lo que le pasó al país de la libra en 1931 nos había pasado a nosotros, país de la peseta, más de medio siglo antes. Llevamos, por lo menos, medio siglo más de experiencia en este asunto.

Nuestra economía, todavía más de tipo agrícola entonces que ahora, no pudo sufrir las fuertes alternativas que le imponían en su comercio exterior, unas veces la propia variabilidad de sus cosechas, otras las incidencias de la coyuntura exterior y, fiel a la plata, hubo de encallar en lo que se llamó el bimetalismo cojo.

En cuanto los principales países adoptaron el patrón oro y desecharon la plata, comenzaron a bajar los precios oro

monetaria, o que no se les hiciera caso si los hubo.

Luego, si los hemos tenido que se han pasado la vida lamentándose de nuestra peseta enferma, lo que era un falso tópico. He demostrado en otra ocasión, en esta misma Revista (1), que nuestra moneda ha sido una de las más estables y sanas, si por órgano sano hemos de entender el que cumple más adecuadamente su función. Y la función de la moneda es regular los precios, de modo que se mantengan lo más estables posible. Eran las monedas de oro las que estaban aquejadas de un grave mal, tan grave que, al fin, les ha traído la muerte.

Aparte de ellas, los únicos enfermos

(1) Véase el artículo «Nominalismo», número 107.

eran nuestros economistas, enfermos de no ver lo que tenían delante de los ojos. A la manera que a Don Quijote, perturbado por los libros de Caballerías, no podían dejar de parecerle gigantes los molinos, y castillos las ventas, nuestros economistas, llena la cabeza de libros exóticos y de teorías aprendidas en Inglaterra y Alemania, no veían más que con los ojos de los teorizantes del patrón oro. Las monedas que lo tenían les parecían princesas, aunque no fueran sino mozas del partido, y nuestra pobre peseta era para ellos una palurda despreciable; así estuviera dotada de todas las bellezas y virtudes ocultas de la Cencieta.

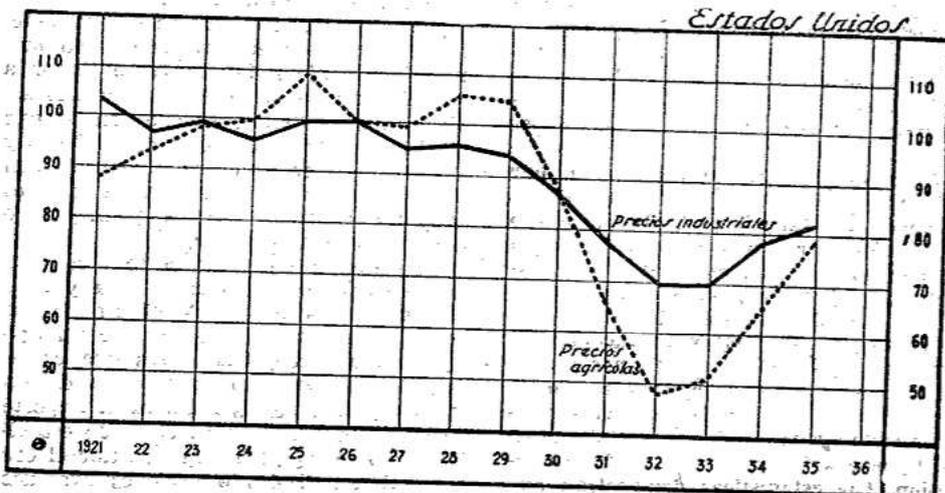
Y no se piense que esa perturbación, por ser vana, nos haya resultado inocua. Porque esa psicosis de la peseta enferma, del cambio depreciado, de los fieros males que pronosticaban los falsos profetas, hubo de provocar intervenciones altamente perjudiciales cuando se quiso seguir es un poco el humor.

Cada gramo de oro que se exportaba para sostener el cambio de la peseta, o cada suma equivalente que se tomaba a préstamo con el mismo fin, representaba un jornal que se restaba a los productores españoles. Y eso cuando, aun no siendo nuestra desocupación comparable a la de los países de moneda oro, teníamos 300 ó 400 mil parados, según las estadísticas.

¿Se desenvolvían mejor las cosas cuando la situación era inversa y el oro fluía a nuestro país? No. Recordemos el año 1917, en que el oro se importaba abundantemente, con daño considerable para él, pues la peseta había alcanzado un cambio bastante por encima de la par. Cada kilogramo de oro que se importaba representaba muchos kilogramos de subsistencias que salían, para aumentar el hambre y la carestía en España.

Realmente, lo único apetecible en todos los casos es que los productos nacionales se cambien exactamente contra productos extranjeros útiles de tal modo que la porción menos útil de lo importado nos sea más útil que la más útil de lo exportado. Sólo de este modo se obtiene la máxima ventaja para el país. Saludar el balance comercial con oro, no es equilibrarlo, es mantener su desequilibrio, aceptando a cambio del saldo una materia que no se utiliza para nada práctico y, por consiguiente, es menos útil que las materias exportadas en cambio; y cuando se exporta oro, se paga trabajo extranjero con una mercancía que no representa trabajo nacional, y, por lo tanto, no se favorece la prosperidad del país fomentando sus fuentes de producción.

La idea de la inconveniencia para Es-



Es mayor la fluctuación de los productos agrícolas que la de los industriales

pañía del patrón oro y de todo régimen de cambio fijo es, en mi, ya una vieja idea. Sin rebuscar en otros trabajos anteriores, en una conferencia dada en 1930 ante la Asociación de Derecho Internacional, fundaba en el carácter de nuestra economía y en la naturaleza de los fenómenos coyunturales mi opinión opuesta al patrón oro.

Reproduciendo casi literalmente aquellas razones en una tesis destinada a la Conferencia Internacional de Economía Agraria de Escocia, de 1936, y que no llegó a presentarse por motivo de nuestra guerra, decía:

La mayor dificultad que, en el orden coyuntural, se plantea a la agricultura, consiste en la imposibilidad de someter a cálculo exacto su producción, que no es proporcional a la siembra ni a la extensión de las zonas de cultivo, ya que el rendimiento depende, en gran parte, de factores ajenos a la voluntad del hombre. Lo que llamamos azar interviene en mucha mayor medida en la producción agrícola. Esto se advierte mucho más en países sometidos a condiciones climatológicas muy variables de un año a otro, y que no han logrado, mediante obras adecuadas, que la irrigación artificial compense la variabilidad de los años secos y húmedos.

El caso de España es típico en este aspecto. Sus tierras, fuertemente caldeadas por el sol, no tienen siempre la compensación de un riego suficiente, por la irregularidad de las lluvias, lo cual da a sus cultivos de secano, que constituyen la mayor parte de sus tierras agrícolas, una enorme variabilidad. Tal irregularidad se refleja en su economía toda, que resulta así sujeta a grandes fluctuaciones propias.

El caso no es, de todos modos, muy específico. Se pueden advertir síntomas que revelan que todas las economías agrícolas se hallan más o menos sometidas a esa variabilidad propia de las irregularidades de la producción agraria, y que se ofrecen mucho más atenuadas en las economías de tipo industrial.

Uno de esos síntomas lo constituyen las quiebras monetarias. A los países agrícolas les ha de ser mucho más difícil, en virtud de esto, que a los países industriales, el mantener la estabilidad de sus monedas. Pues bien, si examinamos el panorama monetario de antes de la guerra, se observa que la mayoría de los países que no tienen moneda estable son países agrícolas. Casi todos los de la América del Sur y Centro, los de la Europa Meridional y Oriental, especialmente los de agricultura muy rudimentaria, eran países que habían encallado en regímenes de inconvertibilidad y de cambio más o menos variable.

La inestabilidad monetaria no ha sido una novedad traída por la crisis presente. Lo que debemos a la guerra y a la postguerra es la propagación a los países industriales de lo que antes era patrimonio de los agrarios.

¿Cuál es la razón de que a los países agrícolas les sea más difícil que a los industriales mantener una moneda estable? Su variabilidad de producción, que influye poderosamente sobre su balance de pagos. En tales países, el patrón oro suele funcionar sin tropiezos, en tanto las buenas cosechas consienten una exportación abundante, que haga entrar el oro y subir los precios, estimulando así el sector industrial y provocando un auge en el país. Mas cuando, por causas internas o externas, esa exportación se restringe, el déficit de la balanza comercial aparece y la salida de metal monetario puede determinar una profunda depresión. Las estadísticas demuestran que las bajas de los precios de los productos

agrícolas en los casos de crisis son mayores que las de los industriales, y también las alzas en el auge. (Véanse los gráficos adjuntos.) Esto es consecuencia, principalmente, de que los productos agrícolas son menos conservables, su producción más difícil de restringir, y sé que el agricultor puede financiar más fácilmente el almacenamiento de sus productos que el industrial.

Cuando la alteración en el balance de pagos es debida a causas externas: propagación de una crisis ajena, también para los países agrícolas es más difícil mantener el equilibrio monetario por la dificultad de atemperar la oferta de productos a la demanda. La crisis agraria, sin tener orígenes distintos, es, en general, más grave que la industrial.

Estas consideraciones explican la mayor dificultad que hay para un país agrícola en mantener cambios fijos, aunque después que la guerra económica se ha intensificado del modo que lo ha hecho, en el presente, creo difícil que ni aun los países industriales puedan superar los inconvenientes que presenta la fijeza de los cambios. Si se intenta, el fracaso se repetirá con creces.